

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Octubre 2006

INSEGURIDAD EN IRAK

Paul Rogers

Afganistán y Pakistán

Durante octubre, se evidenció en Afganistán una disminución en el nivel de actividad paramilitar contra las fuerzas de la OTAN y de los Estados Unidos, pero hubo pocos indicios de que ello fuese una consecuencia de algún progreso considerable de estas fuerzas externas. Por el contrario, pareciese más factible que los talibanes, así como otros elementos, hubiesen estado desarrollando un plan en el cual estarían involucrados altos niveles de insurgencia para los meses de verano. Reportes provenientes de fuentes regionales comúnmente confiables sugieren que el conflicto podría continuar hasta el invierno pero que tomaría forma bajo ataques más focalizados en una insurgencia de pequeña escala en centros poblacionales, incluidos Kabul. Asimismo, también se daría un mayor énfasis en los ataques a figuras gubernamentales y del servicio público. En octubre, ha habido 148 civiles muertos o heridos en ataques paramilitares, y ha habido ataques frecuentes contra la policía y demás fuerzas de seguridad afganas. Además, ocurrieron nueve ataques suicidas, principalmente dirigidos contra la policía y personal de las Fuerzas de Asistencia y Seguridad Internacional (ISAF).

En Pakistán, el acuerdo alcanzado entre el gobierno de Musharraf en Islamabad y líderes locales en el distrito fronterizo de Waziristán del Norte, no pareciese estar reduciendo el número de cruces de frontera por parte de los talibanes. A finales del mes, en una acción que incrementó las tensiones, las fuerzas armadas pakistaníes llevaron a cabo un importante ataque a la madraza Zia-ul-Uloom, ubicada en el distrito fronterizo de Bajour, del cual se dijo ser el centro de la actividad de los talibanes. Cerca de 80 personas fueron muertas en el raid que ocurrió antes del amanecer, la mayoría de los cuales eran estudiantes, aunque el gobierno reportó que muchos eran potencial o efectivamente paramilitares. Un reporte no confirmado sugirió que Avman al-Zawahiri, el estratega de al-Qaida que es visto ampliamente como la mano derecha de Osama bin Laden, se habría hecho presente en la madraza al poco tiempo del ataque. Esto contribuyó a la creencia dentro de Pakistán de que el ataque aéreo fue, de hecho, una operación norteamericana dirigida contra Zawahiri. La misma fue una creencia fuertemente combatida por el gobierno de Musharraf, pero fuentes gubernamentales en Islamabad sí admitieron un involucramiento norteamericano en la provisión de inteligencia previamente al ataque. Uno de los resultados fue un aumento del sentimiento anti-norteamericano, especialmente en las regiones fronterizas, con cierto número de protestas, incluyendo movilizaciones populares en Peshawar, la capital de la provincia en la frontera noroeste.

Irak

En Irak, las operaciones norteamericanas contra los insurgentes se intensificaron en octubre. El número total de fuerzas norteamericanas presentes en el país se mantuvo en un excesivo 140.000 y el patrón de operaciones fue dictado por dos factores principales. El primero fue que durante todo 2005 y comienzos de 2006 se tendió hacia la dependencia en el poder aéreo, por parte de las fuerzas norteamericanas, en sus operaciones de contra-insurgencia. Esto fue en respuesta a las persistentes bajas entre sus propias tropas, pero también fue posible gracias a la construcción de inmensas bases aéreas, en las cuales pudo ser desarrollado un cuantioso número de artillería para los helicópteros. La base aérea Balad, al norte de Bagdad, se convirtió en el foco central de la guerra aún en progreso.

Para mediados de 2006, ya era aparente que esta estrategia no estaba funcionando – aunque pudo haber tenido lugar un decrecimiento en los patrullajes terrestres, no hubo disminución alguna en el número de bajas militares norteamericanas. Asimismo, y este es el segundo factor, el nivel de insurgencia aumentó sustancialmente, dando lugar a que gran parte de la provincia de Anbar se

convirtiese en un área de “no entrada” para las fuerzas de seguridad norteamericanas e iraquíes, especialmente en las ciudades clave como Fallujah y Ramada. La región del gran Bagdad, por su parte, también evidenció un marcado deterioro en el control gubernamental y norteamericano, sumado a un inmenso aumento de las bajas civiles.

Así, entonces, el ejército norteamericano se encuentra frente a un gran dilema dado que sus tácticas modificadas no disminuyeron sus propios niveles de bajas y fueron acompañadas de un crecimiento en los niveles de violencia. Fue por estos mismos motivos que se renovó el énfasis en el despliegue de tropas, especialmente en el área del Gran Bagdad, un énfasis logrado mediante la retirada de ciertas tropas de aquellas áreas más tranquilas y también por medio del entrecruzamiento con tropas que comienzan o completan su despliegue en Irak.

Para fines de octubre, no hubo evidencia considerable de que esta vuelta a formas de proceder anteriores – aunque con muchas más tropas – estuviese teniendo algún impacto en la insurgencia. Las bajas civiles iraquíes permanecieron tremendamente altas, casi con seguridad cerca de las 3.000 para el mes de octubre, y también hubo un gran aumento de movimientos poblacionales, en donde familias shiitas y sunnitas buscan migrar en comunidades mixtas hacia áreas más seguras. El efecto de esta tendencia fue consolidar el proceso de intensificación de grupos confesionales sunnitas y shiitas en áreas particulares, incluso en Bagdad, donde ha habido considerables áreas de comunidades mixtas.

Bajas Norteamericanas

Más allá de que el grueso del sufrimiento durante octubre haya recaído sobre los civiles iraquíes, las bajas militares norteamericanas han sido particularmente altas. Tomando como referencia la totalidad del mes, 105 personales de servicio norteamericano fueron muertos el total mensual más alto en los últimos dos años, y más del doble de los primeros meses de 2006. A su vez, el número de heridos en combate fue inusualmente elevado: en las cinco semanas previas al 31 de octubre, más de 950 personas del personal militar fueron heridas, haciendo un total de 20.000 desde que comenzó la guerra hace tres años y medio. Esto se suma a un número incluso aún más grande de personas evacuadas de vuelta a los Estados Unidos durante aquel período por heridas no adquiridas en combate y enfermedades psíquicas y mentales.

No está claro qué proporción de los más de 30.000 del personal evacuado a los Estados Unidos para tratamiento efectivamente retornan al servicio activo, pero todo indica que al menos la mitad de las 20.000 personas que fueron heridas en combate no lo hacen. Si bien las muertes en combate son mucho menores que en la Guerra de Vietnam, estas tuvieron lugar en una época de conscripción militar, con fuerzas armadas mucho mayores. El impacto de cerca de 3.000 muertes y alrededor de 10.000 heridos serios en la Guerra de Irak hasta ahora, es proporcionalmente mucho más grande que en la más prolongada Guerra de Vietnam, y podría explicar, en parte, las continuas dificultades en reclutamiento dentro de las fuerzas armadas, especialmente en el ejército norteamericano.

La Política Interna y la Guerra de Irak

La administración Bush otorga escasa publicidad a los muertos y heridos dentro del personal de servicio y hay una publicidad mínima en los medios de comunicación nacionales. En los medios locales y regionales, sin embargo, existe una creciente publicidad del impacto de las bajas individuales de pueblos y ciudades en sus comunidades locales. Este podría ser uno de los factores que está minando la confianza pública en la guerra y en la habilidad de la administración para sostener apoyos.

La pérdida de apoyos dio lugar a que el asunto de Irak llegase a dominar la política interna de cara a las elecciones en el Congreso, el 7 de noviembre, y significó que la administración Bush tuviese que adentrarse en un vigoroso contra-ataque contra sus opositores demócratas. Se adoptaron dos mecanismos: uno consistió en profundizar el proceso actual de resaltar los problemas principales en

Oriente Medio y Sudoeste de Asia como una batalla común que puede ser relacionada directamente con los ataques del 11/9 de hace cinco años. Según esta visión, los Estados Unidos están envueltos ahora en una mucho más importante “Larga Guerra contra el Islamofascismo”, término que no sólo engloba a al-Qaida, los talibanes y a numerosos grupos insurgentes en Irak, sino también a Hezbollah en el sur del Líbano y Hamas en Palestina. Ciertamente, el mismo se extiende a cualquier grupo islamista radical, ubicado en cualquier parte.

Hacer semejante conexión entre grupos tan diversos y el 11/9 podría parecer extraordinario, pero su propia simpleza es su fortaleza, junto al recordatorio a los norteamericanos de la intensidad de los ataques originales. A tal remembranza se le da un lugar destacado por las muchas memorias reflotadas por el aniversario a cinco años de los ataques.

El enlazamiento de la Larga Guerra con Hezbollah y Hamas también es importante, dado el fuerte apoyo de los Estados Unidos al Estado de Israel. El tradicional lobby judío es actualmente menos vigoroso en su apoyo debido a que muchos judíos liberales se han visto sumamente preocupados por las políticas recientes de los gobiernos israelíes. No obstante, al mismo tiempo que este apoyo ha caído, el del sionismo cristiano crecientemente ha concentrado una base mucho más amplia de apoyo. La misma se extiende aun más allá de los fieles cristianos sionistas, aunque este grupo por sí solo agrupa más de 20 millones de personas.

Según una encuesta realizada por Zogby, para la Fundación CNI, el 31% de los encuestados cree firme o moderadamente en las proclamas del cristianismo sionista, definido como “la creencia de que los judíos deberían tener la totalidad de la tierra prometida, incluyendo todo Jerusalén, para facilitar la segunda venida del Mesías”. Otra encuesta realizada por Pew mostró que el 53% de los encuestados cree que Israel fue otorgado por Dios a los judíos, y una encuesta de CNN/Time indicó que el 59% cree en las profecías del Libro de las Revelaciones. En semejante contexto, tiene mucho sentido político presentar la posición norteamericana como un conflicto fundamental contra las fuerzas del Islam radical, teniendo como punto clave el asegurarse que tal terminología englobe a todos aquellos movimientos que al parecer amenazan a Israel.

El segundo mecanismo electoral adoptado fue que la administración Bush decidió hacer un cambio fundamental en su postura respecto al asunto del petróleo. Durante la mayor parte de los últimos tres años, ha habido una negación constante de que la invasión y posterior ocupación de Irak, junto a eliminación del gobierno de Saddam Hussein, hayan tenido algo que ver con el petróleo. En las instancias de cierre de la campaña, dicha postura fue revertida e interconectada con los riesgos de una estrategia de “disparar y correr” (una rápida retirada de Irak). En una serie de discursos de campaña, el presidente Bush apuntó al riesgo de que grupos extremistas se apoderasen del poder en Irak y utilizaran el petróleo como arma política, provocando escasez mundial de petróleo y una elevación del precio por sobre los \$300 el barril.

En realidad, los problemas creados por la insurgencia en la producción de petróleo en Irak han sido tan serios que actualmente el país es un actor menor en los mercados internacionales de petróleo, responsable apenas del 3% de la producción mundial. Sus exportaciones de 1,6 millón de barriles por día, son muchísimo menores que la capacidad actual de los otros países miembros de la OPEP, especialmente Arabia Saudita, por lo que cualquier interrupción temporaria no generaría efecto significativo alguno. De todas formas, es útil en tanto táctica política, a la luz del reciente período de altos precios de combustible en los Estados Unidos. Dado que los consumidores domésticos estaban desacostumbrados a tales precios inusuales, la amenaza de problemas aún peores como consecuencia de una eventual retirada de Irak podría llegar a tener un marcado impacto político.

Manteniendo Firme el Timón

De entre los análisis de la evolución de la insurgencia en Irak surgen dos visiones principales respecto a las consecuencias de una retirada norteamericana para la conducción de la Larga Guerra, en el caso de contemplarse tal retiro de tropas. Una de las visiones sostiene que el caos que esto desataría, haría posible que los islamistas radicales ligados a al-Qaida estableciesen un entorno en el cual el Afganistán de la década de 1980 pudiese ser reemplazado por el Irak de la década de 2010 como un foco de sus actividades generales. A su vez, todo esto no sería en un Afganistán alejado y rural sino en un Irak urbano, en el corazón de la región petrolera más productiva. Las consecuencias a largo plazo de semejante predicamento son tales que incluso cualquier mención de una retirada norteamericana es altamente peligrosa.

La visión contraria sostiene que la presencia continuada de tropas norteamericanas en Irak ya está posibilitando una gran oportunidad para que una nueva generación de jihadistas obtenga experiencia de combate contra las tropas mejor equipadas del mundo. Esto permitiría que esta nueva generación de paramilitares jihadistas, experimentados en el combate urbano, se enfrentasen a tropas regulares mas que, como en la década de 1980, a conscriptos soviéticos en combates rurales. Esta visión tiende a ser confrontada por aquellos que sostienen que la mayoría de las muertes civiles en Irak son causadas por la violencia interna mas que por las actividades norteamericanas y de otras tropas de coalición. Esto puede ser cierto, pero también es verdadero que la insurgencia directa contra las tropas norteamericanas actualmente se encuentra en un nivel similar al de todo el conflicto desde su inicio.

Sin embargo, más allá de todo lo dicho, aún permanece la interrogante de la seguridad regional. Esto se relaciona con dos factores centrales: la importancia geopolítica del petróleo del Golfo Pérsico y la naturaleza de los gobiernos de Teherán y Riad. Aunque la producción de petróleo en Irak es relativamente baja en la actualidad, el país aún posee la segunda mayor reserva mundial de petróleo, de alrededor de cuatro veces el tamaño de las reservas totales en suelo norteamericano, incluyendo Alaska. Además, la región tiene cerca de dos tercios de las reservas mundiales totales de petróleo, en un momento en el cual China y los Estados Unidos están convirtiéndose progresivamente en dependientes netos de la importación de petróleo. Así, entonces, el Golfo Pérsico permanece como la base mundial de recursos más importante, y lo continuará siendo por muchas décadas más.

El segundo factor se conecta directamente con este: Irán, desde la perspectiva norteamericana, está gobernado en la actualidad por un régimen totalmente inaceptable y la estabilidad de la Casa de los Saud lejos está de sentirse segura. Si una retirada general de Irak llegase a ocurrir, sería posible mantener bases razonablemente seguras por toda la región, pero esta sería una situación mucho más débil para los Estados Unidos. Un Irak caótico con una gran presencia de paramilitares islamistas, un Irán opositor y una inestable Arabia Saudita sería el escenario más catastrófico para los intereses de seguridad de los Estados Unidos en la región.

Las chances de un cambio radical en la estrategia norteamericana en Irak permanecen escasas y recientes planificaciones del Pentágono sugieren un despliegue aún mayor de tropas para los próximos cuatro años. Sin embargo, el nivel de bajas militares norteamericanas es tal que es altamente probable que tenga lugar una retirada de tropas a ciertas bases estratégicas dentro de Irak, combinada con el uso intensivo de poderío aéreo para operaciones de contra-insurgencia. Esto podría involucrar un retiro en gran escala de las ciudades, excepto el centro de Bagdad, que dejaría una presencia norteamericana moldeada en función de una protección contra un movimiento islamista radical que cada vez está acumulando más poder. Que esta sea la actual estrategia del gobierno de los Estados Unidos da algunos indicios sobre el grado del fracaso de las políticas para la región. Esto no significa, sin embargo, que una reformulación política fundamental sea esperable, aún.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos via e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra capacitado para hacerlo. Traducido al castellano por Nicolás Terradas.



Copyright © Oxford Research Group, 2006

Ciertos derechos reservados. Este informe se encuentra licenciado bajo Atribución-NoComercial-NoDerivada Licencia 2.5 de Creative Commons. Para mayor información visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>.